

(01034)

El forastero

—Faustino, estoy deseando que llegue el mes de septiembre a ver si los que se han ido de vacaciones regresan, los futboleros empiezan la temporada y los colegios abren sus puertas porque es que no sólo no hago un duro de caja sino que, lo que es peor, me aburro como una ostra. Y ya sabes que a mí, las ostras, ni fu ni fa.

—Tu queja llega tarde, Manolo. Tenías que haberme hecho caso y haber cerrado. Quince días en la última quincena de agosto no hacen mal a nadie y tú, que ya no eres un pipiolo, necesitas descansar...

—Yo lo que necesito es pasta gansa, Fausti, que ando más seco que la mojama. Cuando llegó la crisis las cosas empezaron a ponerse feas pero es que ya se han puesto feísimas... En estos momentos no gano nada más que para pagar los abusivos impuestos. No me queda nada para comer. Así que llevo ya varios meses tirando de los ahorros de cuando las vacas gordas. ¡Y menos mal que el local es mío, que si llega a ser alquilado, a estas horas ya tendría la sogá al cuello!

—Los de tu gremio siempre os estáis quejando pero esta vez creo que a la mayoría os asiste la razón. Muchos han tenido que echar el cierre. En tu caso, siempre te quedará una bala en la recámara: ponerte a dar clases particulares...

—¡Quita, quita! No seas malaje, Faustino. A los niños no los puedo ver ni en pintura, ya lo sabes. Es algo genético, qué quieres que te diga. Para venderles una coca cola, pues vale. Pero para hacer que aprendan algo de provecho... Mis huesos y mi cerebro no están hechos para eso...

—Tarde te diste cuenta, macho...

—Jo, y tan tarde... Con el Magisterio ya aprobado y un par de años de prácticas en un colegio de los Salesianos. Menos mal que rectificar es de sabios...

—Pues aplícate el cuento y a ver cómo consigues salir de ésta, que la crisis va para largo...

—Pues, mira, había pensao...

—Buenas tardes, señores...

Casi como si fuera un milagro, acababa de entrar en el local un cliente. Manolo, el dueño del Bar, y don Faustino, el viejo profesor, amigo suyo, se miraron con cierto asombro. El forastero debía tener unos cuarenta años, era alto e iba bien trajeado. Lo más destacable de su fisonomía era un bigote como los de antes, de esos que tenían medio kilo de pelos.

—Buenas tardes. ¿Qué desea tomar?

—Pues una CocaCola con Pepsicola. Y abundante hielo...

—Debo confesarle que es la primera vez en mi larga vida detrás del mostrador que alguien me pide semejante mezcla.

—Me llamo Juan José Jesús Jiménez Jilguero. Llevo varios días residiendo en Mospintoles y paseaba para conocer la ciudad cuando he visto su local. Bar Manolo. ¡Qué maravilla! Un lugar que se llama así, tan a la pata la llana, en vez de Bar Drink o Bar Thomas o Bar Camagüey, dice mucho de su dueño. Odio

esos lugares que para aparentar lo que no son se adornan de nombres estrafalarios, extranjerizantes o estúpidos.

—Pues yo soy Manolo, el propietario de este garito. Y este amigo es Faustino, un profesor del Instituto Francisco Orejuela.

—Ah, sí, ese donde aún cuelga una pancarta sobre el ascenso del Mospintoles a Segunda División... La vi ayer cuando paseaba por allí.

—¿Y qué le trae por esta ciudad? ¿Viaje de negocios, turismo...?

—Vengo destinado por mi empresa a esta ciudad. En principio durante el tiempo en que el Rayo de Mospintoles aguante en la Segunda División... Espero que no sea sólo cosa de un año porque esta ciudad me gusta, es tranquila y está cerquita de Madrid.

—¿Y a qué se dedica su empresa, si puede saberse? —preguntó don Faustino al forastero, el cual parecía con ganas de hablar.

—Somos una empresa multiservicios, pionera en el mundo de las relaciones públicas, el comercio y lo que haga falta, pero siempre relacionado con el mundo del deporte. Abrimos sucursales en todas las ciudades donde existen equipos de Primera y Segunda División de fútbol y baloncesto. Nuestro negocio, por ahora, gira en torno a estos dos deportes...

—Aquí tiene su cola duplicada, don Juan José...

—Gracias. Nuestra actividad se enmarca en el negocio que hay en una ciudad donde reside un equipo que disputa una gran competición deportiva. Este hecho lleva aparejado multitud de actividades económicas en las que nosotros queremos ser partícipes. Si la ciudad se incorpora por primera vez a este nivel privilegiado, como es el caso de Mospintoles, eso nos permite tomar la iniciativa pues somos la única empresa especializada en este tipo de asuntos.

—¿Quiere usted decir que la ciudad se va a beneficiar económicamente de que este año tenga un equipo en la Segunda División?

—Por supuesto, amigo. Aumentan los visitantes, el comercio, la publicidad y las oportunidades de negocio en un montón de sectores que ni se lo imagina. Durante la primera temporada, yo seré el encargado de efectuar los estudios de campo pertinentes para que, si se consolida la permanencia del equipo, nuestra empresa comience a tejer su tela de araña en un montón de actividades con perspectivas de beneficio...

—¡No se les ocurrirá poner ningún bar que haga competencia a los que ya estamos en la ciudad!

—Tranquilo, hombre. No venimos a competir con nadie sino a aprovecharnos en buena lid de las nuevas oportunidades y negocios que aparecerán con el Rayo como protagonista principal.

—Pues no tengo ni idea de qué cosas pueden hacer ustedes que todavía no se hagan en la ciudad... —expuso el bueno de Manolo, que alucinaba.

—Uy, si yo le contase... Ya las irá viendo si el Rayo logra consolidarse en esta temporada en Segunda. Mientras tanto, aquí me tienen. He alquilado un apartamento cerca del Ayuntamiento y voy a ser su vecino por lo menos hasta que acabe dicha temporada.

—¿Y usted cree —preguntó don Faustino— que el Rayo conseguirá mantenerse en Segunda?

—Es probable. Conozco a López, tengo muy buenas referencias sobre el equipo y encima tienen ustedes un crack en potencia, un tal Piquito cuyo destino final, dentro de varios años, será irse a uno de los dos grandes.

—¡No me diga! ¿Al Real Madrid o al Barça?

—Se le lleva siguiendo la pista desde hace dos años y puedo asegurarles que los ojeadores de mi empresa raramente se equivocan.

—¿Ustedes también trafican con jugadores? —la pregunta de Manolo iba dirigida al mentón de su interlocutor.

—¡Hombre, tanto como traficar...! Es otra de las múltiples actividades que desarrollamos... En cualquier caso, somos una empresa discreta y desconocida para el gran público. Es una parte de nuestro propio trabajo y éxito...

Aquellos tres hombres siguieron hablando largo y tendido sobre fútbol, Mospintoles, la crisis y la biblia en verso. La moral de Manolo subió muchos enteros al comprobar —por boca de aquel forastero— que las expectativas de mejora económica en la ciudad se iban a incrementar con el inicio de la actividad futbolera del Rayo en la nueva campaña. Quizás algunas migajas de esa mejora caerían en su bolsillo tan necesitado de monedas y algún que otro billete. A don Faustino el asunto le interesaba porque amaba a su ciudad de adopción y porque esperaba que aquella anécdota del fútbol fuese un pretexto para revitalizarla y para unir a sus gentes más allá de los goles a favor y en contra. Otras ciudades similares a Mospintoles habían mejorado su presencia e influencia en la vida provincial y autonómica simplemente porque se habían dotado de un buen equipo deportivo en una de las categorías nacionales.

—Por cierto, ¿ustedes de qué equipo son? —la pregunta, no por tónica, pareció sorprender a Manolo y don Faustino.

—Pues yo soy del Rayo solamente, pero sin mucho apego, que a mí esto del fútbol me llama poco la atención —dijo Manolo—. El deporte me lo tomo con bastante tranquilidad. Fíjese que en el Bar no hay ni una puñetera televisión.

—Mal hecho, amigo. Si usted quiere sacarse unas perrillas más en el negocio, aunque yo diría que hasta podría duplicar las ganancias, lo que debería hacer es colocar en aquel reservado una televisión bien grande y suscribirse a esos canales de pago. Incluso le sugiero una cosa que, dadas las características de dicho espacio, podría hacer a modo de experiencia piloto. ¿Qué le parecería montar una tertulia deportiva durante un par de horas varios días a la semana y, por supuesto, antes y después de los partidos?

—Quite, quite, que eso es meter la zorra en el gallinero...

—Usted no tiene que preocuparse de nada. Yo, a través de mi empresa, se lo montaría todo sin cobrarle nada a cambio.

—¿Filantropía, amigo? No me tome por un ingenuo...

—Ni usted me tome por un mecenas. Una vez los resultados de su negocio mejorasen podríamos negociar alguna contraprestación...

—Uf, me lo pensaré..., aunque deberá explicarme mejor su propuesta...

—Una de estas tardes me acerco y se la detallo con más precisión. Y usted, profesor, ¿cuál es el equipo de sus entretelas?

—Mi equipo es ninguno.

—¿Y ese qué equipo es? Ah, ya entiendo. A usted no le gusta el fútbol...

—Me gustan todos los deportes y algunos hasta los practico, pero jamás me he decantado por ningún club o equipo en especial. Jamás se me ocurriría ser fanático o simple seguidor de unos de esos equipos-dioses condenados a ganar siempre, como son el Real Madrid o el Barça, y jamás se me ocurriría perder un minuto de mi tiempo en llorar o alegrarme por los éxitos de ningún otro equipo. Puedo ver un partido de fútbol o disfrutar en un pabellón deportivo con un encuentro de baloncesto de alto o bajo nivel, pero mis afectos no se alterarán. Me dará lo mismo quien gane aunque siempre preferiré que lo haga aquel que practique mejor espectáculo o aquel equipo en donde juegue un conocido mío o aquel que se enfrente a una poderosa escuadra casi invencible.

—Pues ya es raro lo suyo, profesor. Hoy día la gente necesita afiliarse a cualquier cosa antes que permanecer en la intemperie o en la soledad individual. La pertenencia a un grupo, sociedad, equipo, país o comunidad ayuda a la inmensa mayoría del personal a creerse partícipes de algo que jamás tendrían si anduviesen por ahí en solitario. Hay que tener muchas agallas, profesor, para ir desnudo por la vida...

—Si usted lo dice...

—Yo no podría, ya ve... Pertenezco a un sin fin de agrupaciones, clubes y entidades. Me aterra permanecer solo más allá de lo que es estrictamente necesario y, seguramente por eso, Dios me ha dado un piquito de oro para que la soledad la aleje charlando con los demás a la menor oportunidad. Si yo pudiera sería no solo español sino también francés, inglés e italiano al mismo tiempo. Es un ejemplo para explicarles lo que siento al respecto. Por eso no les debería extrañar que, hablando de equipos, mis preferidos sean... —entonces hizo una pequeña pausa, como para darle suspense a lo que estaba diciendo.

—...el Madrid y el Barça.

—Quien se apunta a caballo ganador no tiene ningún mérito... —argumentó Manolo.

—Lo comprendo, pero en mi caso hay total sinceridad en mis sentimientos. Qué quieren que les diga... Desde mi más tierna infancia soy del Madrid y del Barça... a un tiempo. Mi madre es madrileña pero por razones que se me ocultan siempre le ha gustado el Barça y mi padre es de Tarragona pero su corazón late sólo por el Real Madrid. Acabaron separándose cuando yo sólo tenía 12 años, pero yo siempre digo que mi amor por mis padres es el responsable de que a mí me gusten tanto el Madrid como el Barcelona. A quien se lo digo no se lo cree pero es verdad.

—Pues lo suyo tiene más mérito que lo mío... —razonó don Faustino, al comprobar que todavía había gente más rara que él.

—No ha sido buscado por mí, amigo mío. Ya sabe, el destino y esas cosas. Claro que otras sí que han sido buscadas y pueden ser artificiales, pero ya puestos tenía que ser coherente con la opción principal...

Don Faustino y Manolo se miraron y mostraron cara de no haber entendido ni papa. Vamos, ni pajolera idea de lo que quería decir aquel hombre tan locuaz y

original.

—Me explicaré, señores. Permítanme la ironía. Si ante la decisión más importante que un hombre tiene que tomar en su vida, que es la elección de su equipo de fútbol del alma, la mía se ha decantado de manera tan natural por perder el sentido por los dos grandes equipos de España y del mundo entero, todas las demás elecciones que la vida me ha ido poniendo por delante han dejado de tener tanta importancia. Así que, yo soy un tipo de derechas y de izquierdas al mismo tiempo; me encanta la tortilla española y la francesa; soy ateo y cristiano a la vez. ¡Oigan, sin ningún problema y con total coherencia! En todo aquello que en el terreno de las ideas o los sentimientos se me pretenda forzar a escoger, siempre suelo elegir todas las opciones planteadas o, al menos, varias de ellas.

»Muchos consideran que esto es como no elegir nada, pero allá esta gente con sus prejuicios. La historia y la experiencia han demostrado que la verdad o la razón o la justicia no se encuentran plenamente en ninguna opción ideológica, económica, política o deportiva. Como no soy ningún genio sino más bien un tío simple y sencillo, no me ando por las ramas buscando terceras vías o nuevas alternativas conciliadoras de las ya existentes. Simplemente asumo lo que hay y, según el momento y la coyuntura, me inclino hacia un lado u otro, intentando adoptar siempre una actitud lo más conciliadora posible.

»Soy un experto en hacer síntesis de las tesis y antítesis que nos largan a lo largo de la vida. Ni el bien ni el mal existen como producto puro y virgen sino todo lo contrario, así que me niego rotundamente a escoger entre varias opciones cuando al hacerlo por una estaría perdiéndome lo bueno de las otras. No sé si me explicado bien... —Mirándose el reloj—. Uy, llevo hablando con ustedes mucho rato y he quedado a las seis con el director del Complejo Deportivo Mospintoles Dos. Se me hace tarde. ¿Cuánto le debo, don Manuel? —Hombre, si me llama usted así me verá obligado a cobrarle el doble... —Quédese con la vuelta. Encantado de haberles conocido y ya nos veremos. ¡Son ustedes mis dos primeros conocidos de Mospintoles!

Cuando aquel hombre soltó el billete de veinte euros y se despidió sin esperar la vuelta, Manolo y don Faustino se restregaron los ojos para cerciorarse de que todo lo escuchado minutos antes había sido realidad.

—¿Qué te parece el fichaje éste, Faustino?

—Qué quieres que te diga. Que, o se ha quedado con nosotros o este tío nos dará muchas tardes de gloria en Mospintoles... Por de pronto ya empiezo a entender porqué le gusta beber CocaCola con Pepsicola...